

ESTUDIOS

LA APLICACION DEL CONCEPTO DE ESTRUCTURA A LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Por MANUEL MEDINA
Catedrático de Relaciones Internacionales,
Universidad Complutense, Madrid

El concepto de estructura («relaciones entre las partes de un todo») llega a las ciencias sociales procedente de dos dominios muy dispares: la arquitectura, área en la se emplea desde el siglo xvi, y la anatomía, que inicia su desarrollo por aquellas fechas. Al concebirse la sociedad como un todo orgánico, resultaba fácil el traspaso de este concepto a la sociología, y, así, Spencer habla de «estructura» y «función». El antropólogo Lewis H. Morgan utiliza la expresión «estructura social», aunque sin un contenido muy definido. Pero es sobre todo la antropología científica del siglo xx la que recurre al concepto de estructura para explicar las relaciones entre los distintos elementos de las sociedades humanas. En 1910, A. R. Radcliffe-Brown da un curso sobre «Estructura social» dedicado a la sociología de Durkheim, también organicista. Como ha puesto de relieve Edmund R. Leach, la concepción organicista acepta perfectamente la incorporación de las categorías de «estructura» y «función» en las ciencias sociales: «La sociedad es considerada como un organismo vivo, cuyas partes pueden ser separadas y diferenciadas unas de otras. La "estructura social" es, pues, la trama de posiciones y de interrelaciones mutuas mediante las cuales se puede explicar la interdependencia de las partes que componen la sociedad; la "función" de cada parte es la forma en que esa parte opera para mantener el sistema total "en buena salud"»¹. George P. Murdock trata de efectuar una clasificación de las so-

¹ «Estructura social. I. Historia del concepto», en *Enciclopedia internacional de las Ciencias sociales*, vol. 4 (2.ª reimp., 1979), pp. 592-97.

ciudades humanas partiendo del concepto de «estructura social»². S. F. Nadel desarrolla la teoría de Max Weber sobre la función en el análisis antropológico³. Partiendo de la lingüística, Claude Lévi-Strauss desarrolla una noción abstracta de estructura que le permite explicar los fenómenos de transformación⁴.

Aunque la noción de estructura se encuentra bien introducida en las ciencias sociales, su aceptación y la interpretación de su utilidad distan mucho de ser unánimes. Stanley H. Udy, Jr., expone al menos tres concepciones distintas del análisis estructural: la cultural, que atribuye primacía explicativa al sistema de ideas que aprenden, comparten y transmiten las personas, que se orientan a su vez de una forma determinada en cada situación en virtud de la cultura que han aprendido (Kluckhohn y Murdock, entre otros); la interaccionista, que se fija en el proceso recíproco de asunción y desempeño de papeles como generador de un sistema de expectativas cada vez más estables, que condiciona las formas sociales concretas (George H. Mead, George C. Homans y Peter M. Blau), y la morfológica, que, presuponiendo la disposición humana a establecer interacciones estables en relación con ciertas expectativas culturales, se fija en la estructura morfológica concreta, en función del número de personas, de las relaciones espacio-temporales y del medio material (Durkheim, Halbwachs, Schnore, Duncan y Helm)⁵. No es posible, en un trabajo de estas dimensiones, detenernos en la problemática general de la estructura en las ciencias sociales. Nos limitaremos, por ello, a estudiar su posible utilidad para este tipo de sociedad especial que constituye la sociedad internacional.

1. EL CONCEPTO DE SOCIEDAD INTERNACIONAL

Cuando hablamos de «sociedad» pensamos, ante todo, en la sociedad «nacional», es decir, aquella estructurada en un sistema político centralizado. De hecho, durante mucho tiempo resultó imposible distinguir entre sociedad y organización política nacional. La *polis* griega no era sólo el conjunto de instituciones políticas, sino también la colectividad social regida por esas instituciones. La *civitas* o *respublica* romana incluía tanto las instituciones como el conjunto de ciudadanos

² *Social Structure* (Nueva York: Macmillan, 1949).

³ *The Theory of Social Structure* (Londres: Cohen & West/Glencoe, Ill., The Free Press, 1957).

⁴ *Anthropologie structurale* (París: Plon, 1958); trad. Eliseo Verón (de la ed. de 1961), 8.ª ed. (Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1980).

⁵ «Estructura social. II. Análisis estructural», *Enc. int.*, vol. 4, pp. 598-602.

que la componían, expresándolo gráficamente en la expresión *senatus populusque romanus*. Por ello, cuando los clásicos españoles del siglo xvi tratan de identificar una «sociedad internacional» por encima de las diferentes comunidades políticas nacionales han de recurrir a una ficción: como si se tratara de una comunidad política⁶. Con el descubrimiento, en el siglo xix, del concepto de sociedad como algo distinto de la organización por los fundadores de la sociología, este recurso a la ficción de la sociedad «cuasi-política» resultaría ya innecesario. La sociología moderna acepta la existencia de organizaciones sociales sin estructura política, las llamadas «sociedades no estatales», muy frecuentes entre pueblos primitivos y caracterizadas por la multicomunalidad, la integración ritual, la oposición complementaria de grupos y categorías en diferentes niveles con legitimidad distributiva y graduada, y por lazos de parentesco intersecantes⁷. A veces se ha dicho que la sociedad internacional se asemeja más a estas sociedades primitivas que a las sociedades políticas estatales, pero esto no deja de ser una simplificación. La sociedad internacional no es una sociedad al margen del Estado, sino una sociedad constituida por Estados, lo que hace que el nivel de complejidad sea mayor que el de las sociedades estatales o que el de las sociedades primitivas.

Un intento de configurar la sociedad internacional con categorías sociológicas se debe al profesor español Antonio Poch y Gutiérrez de Caviedes⁸. Partiendo de la distinción de Ferdinand Tönnies entre «comunidad» y «sociedad», Poch sostiene que la actual sociedad internacional ofrece caracteres fundamentalmente «societarios», es decir, no «comunitarios», por el predominio de la forma contractual de las relaciones entre sus miembros, por la subordinación de los intereses comunes de los Estados a los intereses particulares y por la falta de solidaridad entre los Estados. Al igual que en Tönnies, hay en el autor español una nostalgia del pasado que le hace afirmar que con anterioridad a la Reforma existió una organización comunitaria del Occidente, como consecuencia del vínculo común que constituía la unidad religiosa, y propone como forma de reconstituir esa comunidad internacional occidental el renacimiento de un sistema ético⁹.

⁶ Así, VITORIA: «el orbe todo, que en cierta manera forma una república universal...» (*De potest. civile*, 21); SUÁREZ: «aunque el género humano pueda dividirse en muchos y muy diversos Estados y reinos, siempre subsistirá no sólo una unidad específica, sino también una unidad casi moral y política...» (*De leg.*, II, 19, 9).

⁷ Cf. AIDAN SOUTHALL: «Sociedad no estatal», *Enc. int.*, vol. 10 (1.ª reimp., 1979), pp. 49-58, sobre todo en página 51.

⁸ «Comunidad internacional y sociedad internacional», *Revista de Estudios Políticos*, número 12 (noviembre-diciembre 1943), pp. 341-400.

⁹ *Ibid.*, p. 400. Cf. FERDINAND TÖNNIES: *Gemeinschaft und Gesellschaft. Grundbegriffen der reinen Soziologie*, 8.ª ed. (Leipzig: Hans Buske Verlag, 1935).

En un trabajo más reciente, el sociólogo alemán Niklas Luhmann se plantea el problema de la configuración de una «sociedad mundial»¹⁰. A Luhmann no le preocupa, desde luego, la vieja oposición conceptual de «comunidad» y «sociedad», pues la sociología actual ha renunciado a la formulación de categorías tan abstractas, pero en un tono justificadamente más optimista que el de Poch, por el diferente momento en que ambos trabajos fueron publicados (el primero en plena guerra mundial y el segundo en la época de expansión económica y de coexistencia global), el autor alemán sostiene la existencia de una auténtica sociedad mundial basada en expectativas e interacciones comunes. Pero señala que las categorías sociológicas ordinarias, construidas según la imagen del Estado nacional, no han podido configurar las características de esta sociedad internacional. El pensamiento social tradicional había partido de la igualdad natural del hombre, basada en la razón, que lo diferenciaba de las especies animales e imponía una comunidad entre todos los hombres. La Ilustración partió de estas categorías para sostener el posible consenso de los hombres para formar sociedades, pero sociedades en las que el elemento político, institucional, era fundamental. Además, en todo el pensamiento tradicional predomina la modalidad normativa o moralista, en virtud de la cual la realidad resulta descalificada por exigencias funcionales o lógicas. Es decir, se trataba de una forma de pensamiento no científica. Tras pasado a la esfera internacional, esto suponía la renuncia a la construcción de modelos explicativos de la realidad y su sustitución por modelos normativos, el principal de los cuales sería el del imperio universal o gobierno mundial. Hay que tener en cuenta que las estructuras políticas nacionales están presididas por modelos normativos y moralistas. Se construye el Estado *para* afirmar el principio dinástico, el principio nacional, la idea de libertad o la transformación revolucionaria de la sociedad. Las construcciones moralizantes de una sociedad internacional igualitaria tropiezan, por ello, con concepciones normativas de sentido contrario. De hecho se ha desarrollado un sistema de interacciones en el nivel mundial que se manifiesta en la existencia de una comunidad científica mundial, en la difusión tecnológica, en el desarrollo de una red de comunicaciones, en la aparición de una opinión pública mundial, en las relaciones económicas, en la comparación de las realizaciones de los distintos sistemas político-sociales y, sobre todo, en la aparición de una civilización de tráfico basada en la paz mundial, en la que una persona educada en un ambiente urbano, sea cual fuere su

¹⁰ «Die Weltgesellschaft», *Archiv für Rechts- und Sozialphilosophie*, 57 (1971), pp. 1-35.

origen, se encuentra correctamente: «cada cual puede, mediante procesos normales de aprendizaje, perseguir fines propios como extranjero entre extranjeros, y esta posibilidad se ha convertido en horizonte de la conciencia diaria»¹¹. Ahora bien, a diferencia de las expectativas de intercambio en las sociedades nacionales, que se encuentran presididas por el pensamiento normativo o moralista (se espera generosidad, ayuda, etc., entre los miembros de una comunidad nacional), el ambiente internacional está presidido por la dimensión cognitiva: «la sociedad mundial se ha constituido en esferas de interacción en las cuales resulta posible estabilizar la expectativa cognitiva con relación a la expectativa y conducta de los demás»¹². Este predominio de lo cognitivo frente a lo normativo recuerda en muchos aspectos la oposición con la que Poch caracterizaba a los elementos societarios en la sociedad internacional frente a los elementos comunitarios, más importantes en la sociedad nacional, y aunque la actitud cognitiva ofrece la ventaja de adaptarse mejor a la comprensión de la realidad, tiene la desventaja de no facilitar modelos sencillos con los cuales formular proyectos hacia el futuro. Es decir, el predominio de la actitud normativa en el pensamiento social tradicional ha hecho posible la formulación de proyectos de futuro, como el Estado nacional-liberal del siglo XIX, producto del pensamiento de la Ilustración, o el Estado socialista, producto del normativismo marxista. En la sociedad internacional, al predominar lo cognitivo, los únicos proyectos formulados se dirigen a la construcción de superestados, como el proyecto de un imperio mundial o de una confederación mundial. Pero esta forma de pensar tradicional, basada en el predominio del todo sobre las partes, carece de utilidad para captar la realidad de la actual sociedad internacional, en la que procesos funcionales parciales han sido especializados en entidades muy distintas, estatales o privadas. La sociedad mundial se ha constituido de hecho sin apoyarse en una integración política o normativa. En resumen, «el estado precario y desequilibrado de la sociedad mundial es menos imputable a un fallo en los mecanismos de integración "autosostenidos" jurídico-políticos (que sólo podrían mejorarse en el sentido de un Estado mundial) que a una amplia discrepancia entre la producción de posibilidades y la capacidad de aprendizaje, y esta discrepancia sólo podría ser reducida lentamente mediante mecanismos cognitivos de investigación y planificación»¹³.

¹¹ *Ibid.*, p. 7.

¹² *Ibid.*, p. 10.

¹³ *Ibid.*, p. 33.

La preocupación fundamental de Luhmann es, por tanto, la de identificar la existencia de una sociedad mundial desde una perspectiva cognitiva, por contraste con la percepción dominante, coloreada de elementos valorativos y normativos, que se fija en la existencia de las comunidades estatales como elemento básico de la sociedad internacional. El mismo Luhmann señala que gran parte de los intercambios entre particulares a través de las fronteras se encuentran mediatizados por la participación en organizaciones. Motivos privados y fines públicos aparecen, así, íntimamente entrelazados¹⁴. En definitiva, una característica de la sociedad internacional es este entrelazamiento de factores societales globales y factores estatales particulares. La sociedad internacional no es una sociedad primitiva, en cuanto sus estructuras son de una gran complejidad, pero refleja algunos aspectos de ese carácter primitivo al encontrar recortada la especialización funcional por la existencia de cuerpos sociales intermedios que reproducen en su interior el conjunto de funciones de la comunidad global. Podemos así decir que, aunque en algunos sectores se ha producido una especialización funcional en el nivel global (ciencia, tecnología, comunicaciones, comercio, etc.), en otros la especialización se ha detenido como consecuencia del mantenimiento de esas estructuras segmentarias que son los Estados. La sociedad internacional es así, en parte, sociedad mundial y, en parte también, sociedad de Estados. En muchos aspectos se trata de un «sistema dominado por sus subsistemas».

2. LA APLICACIÓN DEL MÉTODO ESTRUCTURAL FUNCIONAL A LAS RELACIONES INTERNACIONALES

Una importante dirección de la ciencia política se ha centrado en el análisis funcional. En realidad se puede decir que el análisis funcional es muy antiguo, desde que Locke y Montesquieu formularon la teoría de la división de poderes. A los «poderes» legislativo, ejecutivo y judicial se corresponderían las funciones normativa, de aplicación de normas y de solución de litigios. Pero los orígenes más inmediatos de la aplicación de los conceptos de «estructura» y «función» a las ciencias sociales se encuentran en el desarrollo de las teorías organicistas, como hemos señalado al comienzo de este trabajo. De la antropología y la sociología, el método estructural-funcional ha pasado a la ciencia política, y muy especialmente a la ciencia política

¹⁴ *Ibid.*, p. 8.

comparada. Así, en la obra de Almond y Powell los sistemas políticos se estudian como conjunto de funciones (articulación y agregación de intereses, comunicación y funciones de creación, aplicación y adjudicación de normas) y capacidades en el marco de ciertas estructuras y formas de cultura¹⁵. S. N. Eisenstadt trata de aplicar la concepción estructural-funcional a las organizaciones políticas más complejas de los imperios¹⁶. Morton Kaplan concibe la sociedad internacional desde un enfoque sistémico, buscando modelos abstractos que puedan ser aplicados a las realidades de la política internacional¹⁷. Michael Haas ha tratado de aplicar el análisis estructural-funcional a las organizaciones internacionales¹⁸. La literatura que aborda hoy el estudio de la sociedad internacional desde una perspectiva estructural-funcional es muy abundante y no podría ser siquiera resumida en este trabajo¹⁹. En general cabe decir, sin embargo, que esas aplicaciones se caracterizan por un elevado grado de mecanicismo, con un exceso de cuantificación que hace que el concepto mismo de sociedad internacional se nos deshaga entre los dedos. El exceso de cientifismo ha llevado, de hecho, a una total irrelevancia en los estudios cuantitativos de relaciones internacionales, que justifican perfectamente las críticas desde el punto de vista de las concepciones posbehavioristas y marxistas²⁰. Un excesivo énfasis en los aspectos mecánicos de la concepción sistémica, característico de la ciencia política norteamericana, ha llevado a los especialistas a «tirar el niño con el agua de la bañera». Por lo general se advierte un desprecio al factor cultural en la actual teoría de las relaciones internacionales, dominada por los Estados Unidos.

Algunos sociólogos europeos habían puesto de relieve la importancia de los factores culturales en la sociedad internacional. Este es el caso del español Ortega y Gasset²¹, del griego Panoyis Papaligouras²², del holandés Bart Landheer²³ y del inglés Manning²⁴. Desde

¹⁵ *Comparative Politics: A Developmental Approach* (Boston: Little, Brown, 1966).

¹⁶ *The Political Systems of Empires* (Nueva York: The Free Press of Glencoe, 1962).

¹⁷ *System and Process in International Politics* (Nueva York: John Wiley and Sons, 1957).

¹⁸ «A Functional Approach to International Organization», *Journal of Politics*, 28 (1965), páginas 498-517, reproducido en James N. Rosenau (Dir.), *International Politics and Foreign Policy*, ed. revisada (Nueva York: The Free Press/Londres: Collier-Macmillan, 1969), pp. 131-141.

¹⁹ Cf. nuestro libro *La teoría de las relaciones internacionales* (Madrid: Seminarios y ediciones, 1973).

²⁰ *Op. cit.*, pp. 139 y ss. y, con más detenimiento, en nuestra obra en prensa *Teoría y formación de la sociedad internacional*, que deberá aparecer este año, publicada por Editorial Tecnos.

²¹ Cf. nuestro trabajo «La teoría de las relaciones internacionales de Ortega y Gasset», *Anuario de Derecho Internacional*, 3 (1976), pp. 349-375.

²² *Théorie de la société internationale*, vol. I (Zurich: Editions Polygraphiques, 1941).

²³ *On the Sociology of International Law and International Relations* (La Haya: Nijhoff, 1966).

²⁴ *The Nature of International Society* (Londres: Bell, 1962).

el punto de vista de la psicología social, Herbert C. Kelman, profesor de Harvard, ha estudiado los factores de identificación personal con el sistema político nacional y las actitudes ante el sistema internacional²⁵. Estos análisis, dirigidos al examen de las estructuras de pensamiento en relación con el sistema internacional, pueden quizá resultar de mayor utilidad que los puramente mecanicistas de la concepción estructural-funcional norteamericana.

El estructuralismo europeo, por otro lado, en sus manifestaciones más extremas, como la de Claude Lévi-Strauss, también ofrece dificultades para la comprensión de los fenómenos internacionales. Lévi-Strauss afirma la existencia en cada hombre de ciertos elementos psicofisiológicos que sirven de base para la actividad inconsciente del espíritu. Esta última se encontraría regida por leyes universales, y se manifiesta hacia el exterior en diversas formas que identificamos como «conciencia colectiva»²⁶. Lengua y cultura serían «dos modalidades paralelas de una actividad más fundamental», que sería nada menos que el mismo «espíritu humano»²⁷.

El lenguaje es una «condición» de la cultura, en cuanto el individuo adquiere la cultura de su grupo principalmente por medio del lenguaje, y, además, porque la cultura posee una arquitectura similar a la del lenguaje, ya que una y otro se edifican por medio de oposiciones y correlaciones, es decir, de relaciones lógicas; el lenguaje debería ser considerado como el cimiento destinado a recibir las estructuras que corresponden a la cultura en sus distintos aspectos, con estructuras quizá más complejas que las del lenguaje, pero del mismo tipo²⁸. En cambio, las actitudes sociales corresponden a un nivel más superficial, aunque Lévi-Strauss cree que puede encontrar expresiones homogéneas de la estructura lingüística y la estructura social²⁹. Así, comparando las lenguas y los sistemas de parentesco indoeuropeos con los sinotibetanos, llega a las siguientes conclusiones:

«En el área indoeuropea, la estructura social (reglas de matrimonio) es simple, pero los elementos (organización social) destinados a aparecer en la estructura son numerosos y complejos. En el área sinotibetana la situación se invierte. La estructura es compleja, puesto que yuxtapone

²⁵ «Patterns of Personal Involvement in the National System: A Social-Psychological Analysis of Political Legitimacy», en *Rosenau*, op. cit., pp. 276-88.

²⁶ *Op. cit.*, p. 61.

²⁷ *Ibid.*, p. 65.

²⁸ *Ibid.*, p. 63.

²⁹ *Ibid.*, pp. 66 y ss.

CONCEPTO DE ESTRUCTURA A LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

o integra dos tipos de reglas matrimoniales, pero la organización social, de tipo clánico o equivalente, se mantiene simple. Por otra parte, la oposición entre "estructura" y "elementos" se traduce en el plano de la terminología (es decir, en un nivel que es ya lingüístico) por caracteres anti-téticos, tanto en lo que concierne a la armadura ("subjetiva" u "objetiva") cuanto en lo que respecta a los términos mismos ("numerosos" o "poco numerosos")»³⁰.

Es posible que este tipo de análisis tenga interés desde el punto de vista de la antropología científica, aunque no son despreciables los ataques por la acusación de reduccionismo. Parece, en cambio, mucho más difícil que estas relaciones básicas estructurales puedan ser extendidas sin más al sistema internacional. A medida que nos alejamos de las organizaciones primitivas, en las grandes construcciones políticas, lo espontáneo e inconsciente tiende a ser sustituido por lo cultural, a través de la historia. Las sociedades humanas actuales no son tanto producto de procesos espontáneos como de largos procesos históricos. Las construcciones a las que hoy hemos llegado se encuentran, así, distorsionadas por el curso de la historia, y la pretensión de entender la actual sociedad internacional sobre la base de modelos sencillos que no tomen en cuenta el desarrollo del pensamiento y de las formas sociales es un supuesto más de reduccionismo.

• 3. HISTORIA Y CULTURA EN LA FORMACIÓN DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

En una obra recién escrita y que se encuentra en este momento en fase de impresión³¹, hemos tratado de seguir el proceso en virtud del cual las diferentes sociedades internacionales parciales han sido consolidadas en una sociedad internacional mundial³². La formación de la sociedad internacional mundial es el resultado de un proceso tortuoso que se acelera a partir del siglo xv, cuando la sociedad internacional occidental cristiano-europea asume el papel de unificadora a través de la conquista, la conversión religiosa, el comercio y la cultura. Las imágenes que los conquistadores occidentales se hacen del

³⁰ *Ibid.*, pp. 72 y ss.

³¹ Cit. *supra*, nota 20.

³² Cf. las obras de A. TRUYOL Y SERRA dedicadas a la formulación de esta evolución en general: «Genèse et structure de la société internationale», *Rec. des Cours de l'Académie de droit international*, 96 (1959-1), pp. 553-642; *Die Entstehung der Weltstaatengesellschaft unserer Zeit* (Munich: Anton Pustet, 1963); *La sociedad internacional* (Madrid: Alianza, 1974).

mundo conquistado nos son bien conocidas: se trata de luchar contra los infieles para imponer la verdadera religión, en una guerra santa o en un proceso de evangelización apoyado por la fuerza de las armas³³; de incorporar a la civilización cristiano-occidental a pueblos salvajes o incivilizados; de luchar por los derechos del hombre, acabando con la esclavitud, la quema de las viudas y otras instituciones repugnantes para la conciencia occidental; o simplemente, de conseguir mayor gloria, prestigio y poder para la propia monarquía o Estado. Los pueblos conquistados son meros objetos de la política internacional y del derecho internacional, y su destino es el ser repartidos entre los conquistadores. Su incorporación a la sociedad occidental se hará a través de las estructuras políticas de los conquistadores, que se convierten ahora en imperiales. Si en una primera etapa, durante la época de la hegemonía de los Habsburgos, esta casa imperial, apoyada en los dominios españoles, soñó con una unificación del mundo bajo el doble poder del papado y el imperio, pronto los Estados europeos consideran las conquistas imperiales como un elemento más en la lucha por el poder mundial entre potencias europeas. Los imperios coloniales francés e inglés se forman en los siglos xvii y xviii como prolongación de la lucha entre las dos potencias en Europa. El imperio ultramarino holandés es la expresión de la expansión económica de las Provincias Unidas. La expansión territorial rusa obedece en un principio a motivaciones defensivas para convertirse luego en un afán expansivo de emulación imperial.

Desde el punto de vista de los conquistados, algo hemos empezado a saber en los últimos años. Ya Oswald Spengler, en su *Decadencia de Occidente*, se refirió al carácter catastrófico de la conquista occidental para los pueblos no europeos. Arnold Toynbee, en *El mundo y el Occidente*, ha descrito el proceso como un enfrentamiento entre civilizaciones. Frantz Fanon y otros autores tercermundistas nos han aproximado al mundo de experiencias y sentimientos de los pueblos sometidos. Destruídas las estructuras políticas nativas, el esfuerzo de las élites tercermundistas por construir nuevas estructuras políticas nacionales o estatales, enfrentándose al tribalismo tradicional, ha llevado a esas sociedades a una crisis todavía no superada³⁴. Las imágenes del mundo en los países asiáticos y africanos son hoy, necesi-

³³ Véase, por ejemplo, la tesis doctoral de CELESTINO DEL ARENAL MOYÚA: *Los pueblos infieles en la escuela española del derecho de gentes* (Facultad de Derecho, Universidad Complutense, 1972).

³⁴ Cf. SEYMOUR MARTIN LIPSET: «Cristalizaciones políticas en las sociedades desarrolladas y en vías de desarrollo», trad. M. Medina, *Rev. de Estudios Políticos*, núm. 139 (enero-febrero 1965), pp. 5-40.

riamente, muy diferentes a las nuestras³⁵. A una imagen inmediata y tradicional basada en las estructuras tribales, se sobrepone la del nuevo Estado nacional, generalmente de partido único, incorporado en la figura de un dictador carismático apoyado por una clase dirigente occidentalizada que utiliza una retórica nacionalista y tercermundista. Ideologías tan occidentales como el marxismo revisten pronto en los países afroasiáticos caracteres diferenciales, y acaban siendo amalgamadas en una ideología social-nacionalista que justifica el proceso de creación de Estados que incorporan las clases dirigentes occidentalizadas.

Las imágenes tienen la virtualidad de reflejarse como en un espejo, y los occidentales hemos reflejado las imágenes nacionalistas y descolonizadoras tercermundistas para dar lugar a nuevos micronacionalismos de comunidades regionales europeas, como la vasca, la catalana, la corsa, la bretona, la frisona o la escocesa. Las imágenes del mundo y de la sociedad se encuentran hoy caracterizadas, por tanto, por una gran difracción, a la manera de un arco iris que arroja un espectro muy amplio de colores. Pero esta percepción de un mundo poliédrico es patrimonio de ciertas élites especializadas, de políticos e intelectuales. En el nivel del hombre de la calle, las estructuras de pensamiento son más sencillas, y se piensa con categorías estructurales simples de oposición y correlación. En especial, el pensamiento dual aparece como dominante: en la guerra fría, los occidentales se enfrentan a los comunistas o «rojos», mientras que en el bloque soviético se percibe a Occidente como capitalistas, imperialistas y agresores. En Occidente seguimos percibiendo al tercer mundo como salvaje e incivilizado, mientras que el tercer mundo percibe a los occidentales como fríos, rapaces y crueles dominadores, apoyados en la tecnología racional, «la magia occidental». En los actuales países europeos podemos apreciar dos clases de dualidad: la antigua dualidad entre el nacional y el extranjero, que inspiró las guerras nacionales del siglo XIX y la primera guerra mundial, tiende a ser sustituida por nuevas dualidades entre «nosotros» y los de fuera: centralistas, «maquetos», «charnegos», «godos», «castellanos», «murcianos», etc.

Esta sencilla estructura mental dualista alcanza incluso a la clase política dirigente, que es reclutada nacionalmente en un proceso de oposición también dual: demócratas contra republicanos en Estados Unidos, conservadores contra laboristas en Inglaterra, derechas contra

³⁵ Véase, por ejemplo, ADDA B. BOZEMAN: *Politics and Culture in International History* (1960), *The Future of Law in a Multicultural World* (1971) y *Conflict in Africa. Concepts and Realities* (1976), las tres publicadas por Princeton University Press.

izquierdas en los países latinos, marxistas ortodoxos contra aperturistas en los países socialistas, nacionalistas antioccidentales contra occidentalizados en el tercer mundo. Estos reflejos dualistas se manifiestan, sobre todo, en las primeras fases de acceso al poder de un nuevo liderazgo. El Franklin Roosevelt del «New Deal» veía el escenario mundial como un enfrentamiento con las fuerzas de la reacción, personificadas en casa por los republicanos, y en el extranjero, por el fascismo; el senador Truman, procedente del «cinturón bíblico», llega al poder en los Estados Unidos en lucha con los radicales «ateos» y «procomunistas» de Wallace, y transfiere esta imagen a la sociedad internacional en Stalin y la Unión Soviética; el Carter protestante y liberal ve su lucha por el poder en Estados Unidos como una cruzada moral por la regeneración del país y la igualdad de derechos, lo que transfiere a la esfera internacional con la campaña pro-derechos humanos contra las dictaduras que violan los derechos del hombre y ponen en peligro la paz del mundo. Es posible que Stalin concibiera la sociedad internacional como una lucha entre los defensores del orden revolucionario consolidado y los jacobinos troskistas y anarquistas dispuestos a disolver el poder soviético, lo que le llevaría a un enfrentamiento con los dirigentes comunistas con pretensiones de independencia como Tito, en tanto que Krutchef, que accede al poder en lucha con los estalinistas, viera en la China de Mao, en la Albania de Enver Hoxha y en los dirigentes de los partidos comunistas de Europa oriental, una reproducción de sus enemigos internos, a los que había que depurar igual que había depurado a los elementos estalinistas «antipartido» del PCUS. Así las imágenes de los dirigentes políticos principales en la arena mundial aparece muy coloreada por visiones dualistas interiorizadas.

Ahora bien, a través del proceso de decisión internacional se dan factores de socialización. Estos se encuentran, en primer lugar, dentro de la maquinaria de formación de decisiones exteriores: los ministerios de asuntos exteriores, los ministerios de defensa, los organismos de espionaje y contraespionaje, las secciones de relaciones exteriores de los partidos, etc. El proceso de decisión sobre la base de estructuras simplistas dualistas se ve así frenado y compensado por las estructuras internas especializadas en relaciones internacionales, con concepciones más sofisticadas y pluralistas. Si las estructuras sociales son producto de estructuras mentales, las clases que hacen posible el mantenimiento de una cierta estructura plural han de encontrarse en estos cuadros especializados de decisión exterior, muy socializados a través de la continuidad de las instituciones.

CONCEPTO DE ESTRUCTURA A LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Llegamos así a la paradoja de la actual estructura de la sociedad internacional. Si para el hombre medio la estructura poliédrica mundial es casi incomprensible y ve todos los conflictos internacionales desde perspectivas dualistas, y si los máximos dirigentes políticos, reflejo de esta opinión general nacional, se dejan también llevar por concepciones muy simplistas, el mantenimiento de la actual estructura internacional depende de una concepción del mundo pluralista que subsiste en las mentes de los responsables profesionales e institucionalizados de la política exterior: los diplomáticos, los estados mayores, las policías de seguridad, los especialistas de los partidos en política exterior. A esto se añade la existencia de estructuras institucionales no estatales, como las religiones, las sociedades multinacionales, los sindicatos transnacionales y otras instituciones con vocación internacional. La paradoja de la actual sociedad internacional es que se construye preferentemente con categorías y desde instituciones nacionales, que son las que garantizan una socialización de los decisores, poco aculturados por lo general en los problemas mundiales. Por ello, la estructura real de la sociedad internacional ofrece una gran complejidad. Son demasiados niveles institucionales los que participan en su elaboración y muy escasas las instancias que contemplan esa estructura desde una perspectiva auténticamente internacional. Quizá la Iglesia católica sea una de esas pocas estructuras en las que las consideraciones internacionales se imponen sobre consideraciones particularistas, aunque la Iglesia refleja el particularismo desde una perspectiva diferente: la sumisión de los asuntos humanos a fines trascendentes, no compartidos por los restantes actores internacionales.

4. LA ESTRUCTURA «REAL» DE LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Frente al peligro de reduccionismo que constituye el ver en las estructuras sociales el reflejo de las estructuras mentales, conviene por un momento hacer abstracción de éstas para tratar de identificar estructuras «objetivas», basadas en relaciones materiales concretas. Para el marxismo estas estructuras serían fundamentalmente las productivas, y no hace falta insistir aquí sobre la teoría del imperialismo y las modalidades neomarxistas de la teoría de la dependencia. Desde el otro extremo del espectro político el fascismo y el nazismo ven en la sociedad internacional el enfrentamiento de pueblos y razas en una lucha por la selección de la especie, social, cultural o biológica. Ambas concepciones recaen a su vez en formas de reduccionismo, pero no

hay que descartar la importancia de los factores económicos en las relaciones internacionales, y ni tan siquiera la influencia de los elementos raciales, culturales y nacionales. Desde una perspectiva científico-política nos atrevemos a afirmar, sin embargo, un principio que puede parecer viejo, y que lo es, al menos, tanto como pueden serlo Maquiavelo o Cautilya. En la estructura «real» de las relaciones internacionales, los factores de poder tienen un papel considerable, precisamente porque son instituciones subsistémicas las que dominan el sistema internacional. La principal preocupación de las entidades políticas, como de toda organización, o mejor, de los servidores de esas organizaciones, es el mantenimiento de sus estructuras, de las estructuras a las que sirven y de las que obtienen sus medios de subsistencia y el «papel» social que desempeñan. Los diplomáticos, los generales, los administradores, los espías y los policías están interesados en mantener esas estructuras, hacia las que tienen «lealtad» y dedicación. La «razón de Estado» sigue inspirando hoy la actuación de los responsables nacionales de política exterior. Ahora bien, esta razón de Estado no es una razón abstracta, sino una razón concreta, basada en las realidades del momento, realidades que han producido unas estructuras sociales muy integradas que son los Estados nacionales. La estructura actual de la sociedad internacional está así basada en la subsistencia de los Estados, pero de unos Estados condicionados por la existencia de dos superpotencias que efectúan la máxima concentración de poder posible en la actual sociedad internacional. Esta bipolaridad de las superpotencias ha permitido al ciudadano medio seguir durante mucho tiempo los asuntos mundiales con la dualidad simplista «Este contra Oeste», aunque, como hemos visto, los recientes desarrollos parecen apuntar en otras direcciones.

La cohesión del sistema internacional la establecen hoy las burocracias nacionales, o los mecanismos equivalentes de poder institucionalizado, como el PCUS o el «complejo industrial-militar» norteamericano. Una vez más lo subsistémico domina a lo sistémico en la sociedad internacional. Pero lo subsistémico incluye también a las burocracias e instituciones permanentes de los Estados que no son superpotencias, en una gradación que va desde las potencias intermedias, como China, India, el Reino Unido, Inglaterra, Francia, Japón y Alemania Occidental, hasta los Estados medios, los pequeños Estados, los micro-Estados y los Estados diminutos. También aquí hay burocracias nacionales. También aquí hay dirigentes políticos seleccionados en procesos nacionales de poder.

CONCEPTO DE ESTRUCTURA A LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

Las organizaciones no estatales, como las iglesias, internacionales de partido y sindicales, empresas multinacionales u organizaciones intergubernamentales se diferencian de los actores estatales en que su actividad no se inserta directamente en el sistema político, sino a través de otras parcelas del sistema social, como las estructuras económicas o de alivio de tensión. Sin embargo, también estos actores no estatales desempeñan papeles en el sistema político internacional, actuando como grupos de presión o incluso directamente. Las organizaciones intergubernamentales actúan principalmente como instancias de agregación de pretensiones encontradas dirigidas al sistema político mundial.

5. CULTURA POLÍTICA Y CAMBIOS EN EL SISTEMA INTERNACIONAL

El énfasis en una perspectiva sistemática y la insistencia en el carácter homeostático del sistema político tienen el inconveniente reconocido de no dejar apreciar los elementos de cambio. Los estudios sistémicos más recientes tratan de incorporar y, en la medida de lo posible, «prever» el cambio. Almond y Powell, por ejemplo, han tratado de introducir el factor cambio a través del concepto de «desarrollo político»³⁶. Pero el enfoque desarrollista, tanto aquí como en economía, ofrece todos los inconvenientes del historicismo, añadiendo a éste un cierto quietismo que favorece la conservación del *status quo*. Sabemos que los cambios en el sistema político se pueden producir no sólo por «desarrollo», sino también por revolución. Ahora bien, la revolución puede ser definida como un cambio en las condiciones básicas del sistema, por lo que la revolución no es nunca previsible desde el sistema mismo, ya que supone la ruptura de los moldes del sistema. Las revoluciones, por otro lado, no son fenómenos de la naturaleza, como los terremotos o las inundaciones, sino que se originan en las mentes de los hombres. De aquí el papel de la ideología y de la cultura política en el cambio revolucionario.

Toda la cultura política y todas las estructuras mentales están dirigidas principalmente hacia el sistema político estatal, no hacia el sistema internacional. Los cambios en el sistema internacional no obedecen a transformaciones deliberadas de la cultura política, sino a cambios estructurales que, originados en los sistemas políticos esta-

³⁶ Op. cit., pp. 299 y ss. Véase también CHARLES W. ANDERSON, FRED R. VON DER MEHDEN y CRAWFORD YOUNG: *Issues of Political Development* (Englewood Cliffs, N. J.: Prentice-Hall, 1967), trad. al castellano por DIANA MONTES: *Problemas del desarrollo político* (Buenos Aires: Ediciones Libera, 1973).

tales, «desestabilizan» la estructura internacional y obligan a las élites a construir nuevos modelos de «estabilidad» internacional. Así las guerras de religión, entre la primera mitad del siglo xvi y 1648, desestabilizaron el sistema político europeo al minar las estructuras existentes, procedentes de la Edad Media y, sobre todo, al Sacro Imperio romano-germánico. Cuando, en 1648, en Westfalia, las élites políticas europeas se propusieron restaurar un orden estable europeo, lo hicieron mediante la aceptación de nuevos principios, como el *cuius regio eius religio*, el de la soberanía nacional y el de no injerencia en los asuntos internos. La desestabilización del sistema europeo del equilibrio se produjo a finales del siglo xviii no como consecuencia de un deliberado propósito de alterar el orden internacional, sino como subproducto de la Revolución francesa, es decir, de un fenómeno político interno que, al romper el orden legitimista en Europa, se prolongó al sistema internacional. En Viena, en 1814 y 1815, se concibió un nuevo orden europeo basado en el concierto de potencias, también por una élite de poder. Cuando, en la década de los treinta, Hitler y Mussolini se empeñan en rehacer el mapa del mundo, no trataron en un principio de crear un nuevo orden mundial, sino que intentaron mejorar la posición relativa de Alemania e Italia en la ola de sendas crisis internas a las que trataban de escapar mediante la «fuga hacia adelante» de la política exterior. Las crisis económicas y sociales de la primera posguerra mundial llevaron así a una crisis generalizada del sistema que produjo, entre 1914 y 1945, una transición del sistema del concierto de potencias al sistema bipolar. En realidad, esta última crisis tiene sus orígenes en concepciones del sistema internacional mismo y no sólo en imágenes del sistema político. Cuando el Káiser, a principios de siglo, e Hitler, en la década de los treinta, reivindicán para Alemania una posición de mayor poder en la esfera internacional, ni uno ni otro tratan de revolucionar el sistema internacional en sí, sino de alterar el orden de prelación de los actores.

Es cierto que han existido y subsisten todavía concepciones que postulan un cambio revolucionario en el sistema internacional. Así, el internacionalismo utópico, desde Ramón Lluch y Pierre Dubois hasta Kant, Rousseau o Saint-Simon, ha postulado la sustitución de un sistema descentralizado de poder por una especie de gobierno mundial o confederación mundial, es decir, la centralización del poder internacional, que ha encontrado su expresión en organizaciones como la Sociedad de Naciones o la ONU. El federalismo, el anarquismo y el marxismo han postulado la abolición del Estado como actor principal del sistema político mundial, y su sustitución por formas más espon-

CONCEPTO DE ESTRUCTURA A LA SOCIEDAD INTERNACIONAL

táneas y directas de organización social. Todavía hoy la ideología oficial de la Unión Soviética y demás países socialistas concibe la desaparición del Estado y su sustitución por una sociedad comunista mundial. Si se impusiera totalmente esta concepción se llegaría lógicamente a una transformación revolucionaria del sistema internacional.

Es más previsible, sin embargo, que los cambios revolucionarios del sistema internacional se produzcan no como consecuencia de una ideología específica de la sociedad internacional, sino, como en el pasado, a raíz de cambios en las estructuras políticas estatales y como resultado de nuevas percepciones, imágenes o ideologías que priven de validez a los supuestos en los que se apoyan hoy las élites de poder nacionales para mantener el actual sistema internacional. Algunos de esos cambios ya se están produciendo, con el desarrollo de conflictos «asistémicos», como el de las Malvinas, el conflicto Irán-Iraq o el enfrentamiento entre israelíes y árabes pro-occidentales en el Oriente Medio. La polarización mental que produjo la guerra fría en los años cuarenta está cediendo el paso a polarizaciones localizadas, que, como ya hemos señalado, reducen a un segundo plano el conflicto Este-Oeste.

El problema está en saber si, en el campo de lo real, este nuevo tipo de polarizaciones en la periferia del sistema internacional puede llegar a sustituir a la polarización del poder que hoy se concentra en el eje Washington-Moscú. Las tensiones de los últimos años entre la Unión Soviética y los Estados Unidos han reforzado el protagonismo de las élites de poder y las burocracias de las dos capitales, y al mantener ambas el máximo nivel de poder posible, no se aprecia hoy ningún desplazamiento de poder del centro hacia la periferia. Por el contrario, en la década de los ochenta se advierte un reforzamiento de las estructuras de bloque, con el ingreso de España en la OTAN, las intervenciones norteamericanas en la América Central, el apoyo de los Estados Unidos a Inglaterra y otros aliados europeos, la intervención soviética en Afganistán y la contención del proceso revolucionario en Polonia. Treinta y siete años después de los acuerdos de Yalta y Potsdam, la bipolaridad parece firmemente asentada en el sistema internacional.

6. CONCLUSIONES

Con independencia de la existencia de una «sociedad mundial» en el sentido de Niklas Luhmann, basada en interacciones a través de las fronteras, la sociedad internacional de nuestro tiempo se caracte-

riza por el predominio de los subsistemas políticos sobre el sistema político mundial. La estructura de la sociedad internacional no depende, en consecuencia, de una imagen directa que el individuo se hace de la vida política mundial, sino de un proceso indirecto condicionado por la existencia de las entidades estatales. La estructura de la sociedad internacional es un subproducto de los sistemas políticos nacionales y aparece condicionada por procesos históricos de larga duración. La conexión entre las estructuras mentales individuales y la estructura «real» de la sociedad internacional está mediatizada por las imágenes de oposición y correlación que se producen en los sistemas políticos nacionales.

El resultado de este proceso indirecto de formación de estructuras internacionales es la aparición de un sistema bipolar mundial, controlado por las élites de poder y las burocracias estatales de la Unión Soviética y los Estados Unidos. Junto a este papel director de las dos superpotencias, los restantes actores, tanto estatales como no estatales (iglesias, internacionales de partido y sindicales, empresas multinacionales u organizaciones no gubernamentales), desempeñan papeles secundarios y los procesos de agregación sólo son canalizados parcialmente por la vía institucional de las organizaciones intergubernamentales.

En el sistema internacional, y como consecuencia de esta estructura indirecta, los cambios no suelen obedecer al desarrollo de concepciones sistémicas, sino que son el resultado de cambios subsistémicos o, todo lo más, se originan en el intento de algunos actores de mejorar su posición relativa. Hasta ahora no se ha producido ninguna revolución internacional como consecuencia de un proceso sistémico revolucionario consciente. Las ideologías mundialistas, universalistas y pacifistas han sido patrimonio casi exclusivo de minorías intelectuales alejadas de todo poder de decisión en la esfera internacional. Los decisores estatales, reclutados por procesos políticos nacionales, han aceptado el sistema internacional establecido, y si se han introducido cambios en él, éstos se deben a exigencias de sus sistemas políticos nacionales y no a una voluntad deliberada de cambio del sistema internacional. Incluso la praxis de los Estados socialistas se ha alejado del internacionalismo marxista para consolidar las estructuras estatales del sistema internacional.

Las perspectivas de cambio del sistema son hoy patrimonio de los subsistemas periféricos, los Estados subdesarrollados y dependientes de Africa, Asia y la América Latina. Si hace unos años se preveía que el desarrollo del tercermundismo y la no alineación podía llevar

a un cambio de estructura de la sociedad internacional, las crisis de los últimos años, y en especial las tensiones entre Washington y Moscú, han llevado a un reforzamiento de la bipolaridad. La concentración del poder en Estados Unidos y la Unión Soviética en manos de élites políticas y burocracias nacionales hacen poco previsible una transformación revolucionaria del sistema internacional. Esta transformación revolucionaria sólo parece hoy previsible si se producen convulsiones internas en los dos subsistemas políticos dominantes. En consecuencia, la variable independiente más importante para la transformación del sistema político internacional se encuentra en los dos subsistemas políticos nacionales de las superpotencias. El aumento de las rigideces en dichos subsistemas en los últimos años no prelude un cambio revolucionario, aunque esta variable, la de cambio revolucionario interno, es la más difícil de predecir en todo sistema político. La otra alternativa de cambio, la de un cataclismo debido al estallido de una «tercera guerra mundial», tampoco parece previsible en un futuro inmediato debido, precisamente, al conservadurismo de las élites de poder y de las burocracias nacionales de la Unión Soviética y los Estados Unidos. Las superpotencias han llegado a un muy alto nivel de racionalidad en la conducción del sistema internacional, que ofrece un alto grado de estabilidad de éste en el futuro previsible. Por tanto, el «horizonte 2000» del sistema internacional es todavía bipolar y estable. Aunque son preVISIBLES cambios en la periferia del sistema, bien por transformaciones revolucionarias internas, bien por la creación de nuevos subsistemas internacionales regionales, parece que las dos superpotencias tienen suficiente capacidad de manipulación para impedir que esos cambios periféricos incidan sobre el centro del sistema para provocar una transformación revolucionaria global.

